MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

(Para el Almanaque Mexicano de Arte y Letras.)

Homenaje á Don Gaspar Núñez de Arce.

El hispano cañón muerte y espanto
Siembra ciego en la flota musulmana,
Y triunfa la bandera castellana
En el rugiente Golfo de Lepanto!

CERVANTES, el sin par, derrama en tanto
Su noble sangre por la fe cristiana,
Y vibra en la Galera Capitana
Épica estrofa de su excelso canto!

¡Oh madre España, cuya inmensa historia
Forma constelaciones deslumbrantes,
El mundo entero pedestal de gloria
Erigió á tu poema de gigantes,
Que es mayor que el de Austria la victoria
El QUIJOTE inmortal de tu CERVANTES!

José Manuel Gutiérrez Zamora.

MÉXICO, Noviembre de 1894.

Revista Artística.

SUMARIO.—Este trabajo no es una revista crítica.—La estatua de Cuauhtemoc en el Paseo de la Reforma.—El escultor Don Miguel Noreña.—Su influencia en el desarrollo de la escultura en México.—Paralelo entre la pintura y la escultura.—La estatua del Gral. Ramón Corona.—El escultor Don Gabriel Guerra.—Sus obras principales.—La estatua del Gral. Carlos Pacheco.—La música en México.—Felipe Villanueva y su Keofar.—Los maestros Melesio y Julio Morales.—*"Anita,"* ópera mexicana.—Alcance de la música sinfónica.—Juan Hernández Acevedo.—Juventino Rosas.—Cómo me lo figuro y cómo murió.—*Sobre las olas.*—La Fundición artística mexicana.—Sus trabajos.—La vida precaria que lleva la pintura.—Esperanza en el porvenir.

Mi buen amigo el Editor de este Almanaque no exige de mí, sin duda alguna, una crítica docta y sustanciosa de las obras que, durante un año, ha producido el arte en México; y no exige tal crítica, porque bien conoce mi incompetencia en tal asunto y porque la índole de su publicación es más expositiva y amena que fundamentalmente doctrinaria. Quiere que hable de arte y que hable como acostumbro, por desdicha y por fuerza, á hablar de todo, sin orden y sin método, dejándome guiar por "La Loca de la Casa." No se extrañe, por ende, que ora siga el camino real, ora me vaya por veredas escondidas; ni que corra á campo atraviesa ó eche por el atajo, sin pararme á admirar algún egregio monumento; ni que, cediendo á la fatiga ó al capricho, me tienda en el atrio de una iglesia rústica y pase allí las horas recordando á los artistas que brillaron y murieron. No soy un crítico; soy un vagabundo. No voy siguiendo á ninguna estrella, porque á todas las amo. Los Magos del Oriente seguían sumisos á la estrella que fué, antes de ser astro, lirio de la anunciación en la mano sin mancha del Arcángel; pero los Magos eran ya muy viejos, los Magos caminaban en majestuosos elefantes, los Magos sabían que Salomón sufrió la cólera de Dios por haber amado infinitamente con infinita inconstancia; los Magos no conocieron al *Don Juan* de Mozart, irresistible cuando exclama: ¡Mille e tré!

¿Quereis seguir al vagabundo, al que de muchas cosas se enamora y mucho olvida? En mi zurrón no

llevo provisiones para el camino. ¡Dios dará! Salomón, mi único rey, el mago mío, dice muy sabiamente que los pájaros no curan de alimentarse ni vestirse, y están vestidos y alimentados como príncipes. La mañana despierta alegre, porque la noche fué muy larga y porque durmió mucho y muy tranquilamente después del baño. Luce la rubia cabellera destrenzada; muestra los hombros ruborosos, mal velados por blanca muselina; y los ojos, húmedamente azules, que entreabre, dicen en voz muy baja: *¡No me olvides!*

***

Lo primero que ve la Aurora al levantarse, es el Poniente. Como acaba de nacer, ignora que ha de morir, y sonríe á su propia tumba. Para ella, todavía envuelta á esa hora matinal en gasa blanca, es el primer beso de luz, el que de lejos, de muy lejos, envía el alba, tocándose los labios con los dedos.

Los egipcios erigieron en Tebas una estatua al guerrero Memnon. Estaba ésta de cara al sol, y al clarear el día, brotaban de ella sones armoniosos. Un soberano incrédulo, Cambises, hizo pedazos esa estatua, deseoso de encontrar en su interior el secreto de aquella extraña música. Pero todo fué inútil. De los dispersos bloques derribados siguió alzándose la propia incomprensible melodía. Y es que Memnon era hijo de la Aurora. Aquiles le dió muerte en el Sitio de Troya; pero la madre, con el cabello suelto, bañada en lágrimas, fué á postrarse á las plantas de Júpiter, diciéndole que, ó concedía á aquel hijo muerto algún don sobrehumano, ó negaba ella su claridad á los mortales. Cedió á tal ruego el padre de los dioses, y de las frías cenizas de Memnon se elevó, separándose en dos grandes ejércitos, muchedumbre de aves, condenadas á combatir unas con otras, en perenne contienda, sin jamás destruirse, para probar que en ellas vive todavía el ánimo pujante de Memnon. La Aurora, sin embargo, ¡madre al fin! no quedó satisfecha con tal gracia. En vano las memnómidas pregonan el valor de su padre. La Aurora sigue llorando sin consuelo; y ese llanto es el que llaman los escépticos, rocío. Memnon, vivo en la piedra, saluda cada mañana con un canto, á la que nunca podrá enlutarse por su hijo.

Desde que los dioses se retiraron de la tierra, dejándola entregada á las disputas de los hombres, las estatuas no cantan. Ved la de Cuauhtemoc: está en igual posición que la erigida en Tebas al hijo predilecto de la Aurora; la hieren los primeros dardos de la luz; pero sus labios rígidos no se abren; mira al sol frente á frente, y calla. . . . y espera.

Tiene esa gran figura todas las apariencias de la vida. Cree uno que va á andar, hendiendo el aire. Pero está muda, inerme é impasible, como la raza que personifica hermosamente.

El autor de esa estatua, que, sin disputa, es una de las más notables en América, el Sr. D. Miguel Noreña, murió el 2 de Febrero de este año. Murió antes de cumplir los cincuenta años, siendo director de la clase de escultura en la Academia de Bellas Artes y dejando, además de las obras ya concluídas que le ganaron justamente gloria y fama, algunas otras, empezadas sólo, en las que no se observa decaimiento ni tibieza. Estaba, pues, en pleno desarrollo de su vigor artístico, y fué su muerte irreparable pérdida para la estatuaria mexicana. A Noreña se debe, en mucha parte, el adelanto de ésta; él la libró del amaneramiento á que parecía por siempre condenada; supo infundirla el hálito moderno y formar buenos discípulos que rinden culto á la belleza eterna.

Sr. D. Miguel Noreña.

Distinguido escultor mexicano. † el 2 de Febrero de 1894.

***

La escultura en México no había medrado antes de que Noreña la impulsara. Los pintores encontraban Mecenas en la Iglesia; se iban á Yuste, como Carlos V, porque los conventos, ricos en aquel entonces, eran los únicos que impartían protección á los artistas. De aquí el carácter substancialmente místico de la pintura mexicana. Era necesario pintar vidas de santos, escenas y episodios de la leyenda áurea, del martirologio ó del Año Cristiano, para ganarse con el pincel la subsistencia. Próceres que pagaran dignamente un paisaje, un cuadro de género, una marina, un cuadro histórico, no había en aquellas épocas. La pintura decorativa que hoy comienza á lucir sus pompas y sus gracias en palacios de magnates, era punto menos que desconocida. Para los templos y para los claustros trabajaban únicamente los pintores. Y esta necesidad creó un arte asceta, ayuno, penitente; arte que ve en la carne á uno de los enemigos del espíritu y la flagela sin piedad; arte que tiene sus delicias en la maceración y en la abstinencia; arte que detesta lo humanamente hermoso y afirma que su reino no es ni será nunca de este mundo.

En tales condiciones, la escultura tenía por fuerza

de llevar vida precaria. Porque la escultura es la divinización de la forma; la escultura es pagana; la escultura agiganta al hombre en el Moisés de Miguel Angel, ó lo hermosea en el Apolo; pero no puede expresar lo que sólo se expresa bien con la mirada, el éxtasis, el ensueño, el amor sobrehumano de una Santa Teresa de Jesús, la belleza del cuerpo demacrado, el triunfo del espíritu sobre la materia.

Se echa de ver en gran número de estatuas griegas, particularmente en las que representan á las divinidades, que la expresion del rostro es vaga ó indeterminada. Los críticos de la escuela idealista inventaron, para explicar esa uniforme inmovilidad, un término acomodaticio y nada claro. El arte griego—decían ellos—expresa ante todo "la belleza pura," la cual, á no dudarlo, perdería su pureza en cuanto se ligara á pasiones y sentimientos contingentes. Mas como á cualquiera ocurre preguntar, oído lo anterior, en qué consiste la belleza pura, y á tal pregunta nada contestan los autores, lógico es deducir que la antedicha explicación no explica nada.

Sin extraviarnos en el laberinto de esa metafísica especiosa, debemos simplemente convenir en que esa inmovilidad de las fisonomías se explica, en la estatuaria griega, por el concepto que tenían los griegos de la dignidad humana, y con mayor razón, de la que atribuían á sus deidades. La impasibilidad y la serenidad, lo mismo para ellos que para los otros pueblos del Oriente, lo mismo para los epicúreos que para los estoicos, constituian el ideal supremo, y poco importa que unos las designaran con el nombre de *ataraxia* y otros con el de *apathía*, si la idea connatada por estos dos vocablos era idéntica. Consideraban que las pasiones no eran dignas del hombre, y tal creyendo, menos habían de suponerlas en los dioses.

¡Cuán opuesto ese ideal al ideal cristiano, que ensalza, que diviniza el sufrimiento! ¿Ni qué de raro tiene que en una sociedad profundamente cristiana, como es la nuestra, se entregue el arte á los éxtasis de la pintura, mejor que á las desnudeces olímpicas de la estatuaria? El Cristo no ha de ser hermoso como hombre, sino hermoso como el dolor, que sabe perdonar; como la caridad, que logra redimir. No examinamos si sus brazos tienen las seducciones de la línea; sólo queremos que estén abiertos como llamando á todos los que sufren. En la Virgen María, en la Virgen Madre, no buscamos la belleza ni el atractivo de la gracia. ¿Cómo habíamos de buscarlos, si somos hijos de ella y para el hijo siempre la madre es santamente hermosa?

La escultura incapacitada para expresar, en formas asequibles para el vulgo, los arrobos y los anhelos del espíritu, vivió supeditada al rico arte pictórico, más de nuestra cristiana religión y más de nuestra raza, no abundante en modelos de hermosura. Los escultores dedicábanse á levantar sepulcros, mausoleos, á esculpir estatuas yacentes, ó profanando y envileciendo el arte de ellos, á tallar en madera ridículas figuras de Santos, diferentes en el color y corte de los trajes, en el tocado y atavío, pero iguales en la expresión seca y monótona del rostro. Unos con mitras, con cascos otros; éste con la sotana blanca de los dominicos, aquél con manto regio; pero todos igualmente desabridos y falsos, todos santos de oficio y pacotilla.

Los que sustituyeron á los dioses en la escultura fueron los héroes y los príncipes. Y la razón es obvia, porque el héroe es el semidiós, es el hombre que sobresale de entre los demás, y los domina y los subyuga y los arrastra. En el santo, en el varón justo, en el bienaventurado, la carne ha de estar castigada, azotada, desangrada por las puas del silicio; el santo puede ser lívido y hasta físicamente repugnante, las actitudes propias de él son las humildes, y la virtud que en todo él ha de sentirse como blando perfume, es la virtud de la castidad.

El heroe, en cambio, es el más robusto, el más apto para la lucha por la vida, es el atleta, es el púgil, es el guerrero, es el gigante. Se presenta casi desnudo, luciendo sus recios músculos, el pecho, los formidables hombros y las piernas, al par gruesas y ágiles. Ese es el tipo que se perpetuará en bronces y mármoles: ese es del estatuario. También de éste son los príncipes, los soberanos, los magnates, no porque ellos sean siempre dignos de que la admiración les erija estatuas, ni mucho menos porque sean hermosos, sino porque la adulación se complace interesadamente en presentarlos hermoseados con la arrogancia y pompa de los césares y de los antiguos vencedores.

En México, hablo del México independiente, por desventura para el escultor, no había monarca ni se rendía culto á los héroes. Nuestros héroes son de ayer, por así decirlo. Todavía se disputa acerca de los títulos que tienen á nuestra gratitud, á nuestra admiración y á nuestro amor. Esas sombras augustas aun están combatiendo, unas con otras, fuera de la vida. Cesa la pugna á ratos; pero apenas se oye choque de armas y de escudos, apenas azota el aire la bandera, ó se prende una fogata en cualquiera de los opuestos campos, renuévase crudamente la contienda, y las gloriosas sombras, levantándose, prosiguen el interrumpido batallar.

Nuestros héroes son de ayer y no pudimos sublimarlos en la imaginación ni darles aspecto y atavío que no tuvieron. Están en el retrato, en la fotografía, en la memoria de algunos ó de muchos. El escultor tiene que dar á las estatuas de ellos el parecido necesario. No le es dado fantasear ni representar al personaje tal como se lo figura, por las condiciones morales que lo singularizaron. Otros grandes hombres tienen leyenda; los nuestros nó, nada más tienen historia. No los vemos agrandados ni embellecidos, sino tal como fueron; y ni aun eso muchas veces, por-